

INTRODUCCIÓN

Sábado, 30 de junio de 1962.

9:35 a. m. El presidente Kennedy llega al proyecto de viviendas sociales.

Visita al proyecto – breve ceremonia.

*E*ncontré esta anotación en el archivo digital de la biblioteca John F. Kennedy, en la agenda de la visita oficial del presidente a Ciudad de México en 1962. Me habían dicho que en ese viaje le habían llevado a ver Nonoalco Tlatelolco, una gigantesca barriada de viviendas sociales, la mayor de su especie de toda Latinoamérica. Y tenía su lógica. En la década de 1960, si uno quería alardear de la modernización de su país, ¿adónde iba a llevar al presidente de Estados Unidos, sino a unas hileras industriales de viviendas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista? La mecanización, la movilidad social y el poder económico, todo junto en una única imagen poderosa.

Pero mi fuente estaba equivocada. Unas páginas más adelante, el informe sobre el itinerario de Kennedy dice que el proyecto de viviendas sociales que visitó fue el de Unidad Independencia y no el de Tlatelolco, que por entonces seguía en construcción. Casi puede sentirse la frustración de los anfitriones. Dos años más tarde, la ciudad habría contado con un sitio infinitamente más impresionante que mostrar. Las fotografías de Tlatelolco sacadas cuando se completó, en 1964, están entre las imágenes de viviendas sociales más

potentes que yo haya visto nunca. Filas y más filas de megabloques que se yerguen imponentemente sobre la vasta extensión chata de Ciudad de México. Las cuadrículas repetidas de sus fachadas parecían bancos de ordenadores, o las granjas de servidores del futuro.

He aquí la utopía del movimiento moderno, o modernismo, construida a una escala que Le Corbusier soñó pero nunca llevó a cabo. Esta ciudad dentro de la ciudad tenía ciento treinta edificios y proporcionaba quince mil viviendas. En su mejor momento, en Tlatelolco llegaron a vivir cien mil personas. Era el tipo de solución que Ciudad de México parecía exigir para su problema de explosión demográfica alimentado por la industrialización y las consiguientes inmigraciones masivas del campo. Lo que en 1940 era una población de algo más de un millón de habitantes, iba camino de alcanzar los quince millones en 1980.

El arquitecto de Tlatelolco fue Mario Pani. Como otros arquitectos latinoamericanos relevantes de su generación, se había formado en Europa, concretamente en París, donde asistió a la École des Beaux-Arts en la década de 1920, antes de embeberse del espíritu del modernismo lecorbusiano. En un proyecto urbanístico anterior, el Multifamiliar Presidente Alemán, construido en 1948, incluso utilizó los bloques en zigzag de la Ville Radieuse, el proyecto de Le Corbusier para la ciudad ideal. Pero mientras que Pani, en un sentido, estaba mostrándose poco original, en otro estaba llevando por fin a efecto aquellas ideas nunca realizadas. Porque Tlatelolco llevaba la idea modernista de la vivienda social a su conclusión lógica, muchos dirían que absurda. Si la ciudad del futuro, a mediados del siglo xx, la formasen hileras de megabloques colocados en zonas de parques y jardines, entonces el aspecto del futuro era el de Tlatelolco.

De hecho, el plan de Pani había sido construir en ese lugar “cinco o seis Tlatelolcos”, con una extensión de tres millones de

metros cuadrados. Desde su punto de vista, gran parte de Ciudad de México merecía ser demolida, para que pudiera florecer su visión nueva. Invocando a Le Corbusier hasta el final, Pani nunca aceptaría que el genio suizo pudiera ser, por tomar prestada la descripción de Henri Lefebvre, “un buen arquitecto, pero un urbanista catastrófico”. En 1964, Pani seguía representando el progreso.

En la película *Los olvidados*, de Luis Buñuel, que protagoniza un grupo de marginales de Ciudad de México, hay una escena en la que un joven delincuente asesina a un rival y le roba el dinero de los bolsillos. Es una escena primitiva, como la de Caín matando a Abel; solo que de fondo se ve la estructura de acero de un edificio moderno. ¿Son viviendas sociales? Imposible saberlo. Pero, alzándose sobre la tierra baldía, esa obra simboliza sin duda el progreso que viene. En el retrato implacablemente sombrío de Buñuel de la vida en Ciudad de México en 1950, el crimen se presenta como una consecuencia inevitable de la pobreza. Podría decirse que ese plano fugaz del edificio en construcción es el único atisbo de esperanza: sugiere la idea del cambio, de la modernidad que acude cabalgando al rescate.

No era Tlatelolco lo que se estaba construyendo en la película, pero podría haberlo sido perfectamente. El proyecto se levantó sobre el terreno de un barrio de chabolas superpoblado, y el proyecto de Pani, encargado por el gobierno, contemplaba realojar a sus habitantes al tiempo que traía residentes de clase media, para crear diversidad social. En resumen, se trataba de limpiar los barrios pobres, como se había hecho toda la vida. Pani igualó la densidad extrema de la barriada a la que estaba sustituyendo, que era de mil habitantes por hectárea, pero con máquinas asépticas, verticales, rodeadas por miles de hectáreas de terreno público. Podemos ponerle pegas a su visión, tanto desde el punto

de vista urbanístico como estético, pero donde todo se torció fue en los resultados. Pensado en un principio para los pobres, Tlatelolco terminó siendo ocupado en su mayoría por burócratas, funcionarios de los ferrocarriles estatales y de las compañías de salud. Como suele suceder, los habitantes de las chabolas fueron trasladados a otro sitio. Este fue el error clave de un proyecto que terminó alcanzando notoriedad por razones completamente distintas.

En el corazón del complejo urbanístico se encuentra un lugar histórico. Las ruinas de una pirámide señalan el punto en el que los aztecas fueron derrotados definitivamente por los españoles, y junto a ellas se alza la iglesia de Santiago Tlatelolco, del siglo XVI, anuncio de la nueva era. Pani incorporó estos dos monumentos fundamentales en una pieza central llamada plaza de las Tres Culturas, un gran espacio bordeado por sus bloques de apartamentos de aspecto brutalista. Las tres culturas que se daban cita aquí eran la precolombina, la colonial y la moderna, creando un conjunto simbólico que vinculaba con su pasado a ese México en proceso de modernización. Pero la alegoría arquitectónica de Pani se vería ensombrecida por la tragedia.

En octubre de 1968, pocos días antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos de México, los estudiantes escogieron la plaza de las Tres Culturas para organizar una manifestación en favor de la democracia, desafiando al presidente autoritario Gustavo Díaz Ordaz y al sistema político de partido único que lo había llevado al poder. Nervioso ante cualquier signo de agitación en vísperas de los Juegos, Díaz Ordaz mandó al ejército, y cientos de estudiantes fueron asesinados por soldados que disparaban a la plaza desde los edificios de apartamentos de alrededor. El poeta Octavio Paz lo describió como la repetición de un rito azteca: “varios cientos de muchachos y muchachas inmolados,

sobre las ruinas de una pirámide”. Fue el primer golpe a Tlatelolco como emblema del México moderno. El segundo llegó en 1985, cuando un terremoto provocó el derrumbamiento de uno de los edificios. La causa más probable de la catástrofe fueron los recortes presupuestarios de las empresas constructoras, un problema habitual en las viviendas sociales de toda Latinoamérica. Una docena de edificios más tuvieron que ser demolidos porque presentaban daños estructurales, y hubo que revisar a fondo el complejo entero. Al final, este fue el golpe más devastador que sufrió la visión de Pani.

Tlatelolco resulta hoy casi irreconocible. En una carnicería con vistas a la plaza, entre los carteles de corridas y las cabezas de toro (el carnicero fue antes matador), se pueden encontrar fotografías del lugar tomadas poco después de que se terminara de construir. Las fachadas en damero han desaparecido, cubiertas hoy por espesos forros de hormigón. Estas nuevas coberturas se colocaron después del terremoto para reforzar los edificios, lo que añadía otro estrato arqueológico a un lugar que ya contaba con una gran carga histórica. Comparados con las fotografías del carnicero, algunos edificios han cambiado claramente de forma, como si de la parte superior se hubieran afeitado varios pisos en aras de la estabilidad. A la vuelta de la esquina hay un monumento en memoria de la torre de pisos caída.

Después de haber pasado un rato examinando sus fotos, me siento obligado a comprar algo. Le pido una Coca-Cola, pero el carnicero no me deja salir con la botella: me la vierte en una bolsa de plástico transparente y le coloca una pajita. Sorbiendo de mi bolsa, me quedo de pie en medio de la plaza de las Tres Culturas, imbuyéndome de la colisión de distintas ideas. En un lado la roca negra, volcánica, de la pirámide y de la iglesia; y en el otro, el hormigón en celdillas: misticismo y racionalismo

en grados diferentes, pero, al fin y al cabo, tres tipos distintos de fe. Hay una placa que conmemora la toma de Tlatelolco por Hernán Cortés en 1521, acontecimiento que se describe como “el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy”. Si esta plaza simboliza el nacimiento de una nación, también marca el nacimiento y la muerte súbita de la planificación utópica moderna de México.

Empiezo a caminar hacia el otro lado de la barriada, que está a casi dos kilómetros de distancia. El tamaño de Tlatelolco sigue intimidando. Después del terremoto, el barrio entró en decadencia, convirtiéndose en la década de 1990 en una zona peligrosa, que convenía evitar. Hoy ya no parece para tanto. Los jardines son frondosos y están bien cuidados; en este sentido, los climas tropicales de Latinoamérica fueron indulgentes con los planes de viviendas brutalistas importados de Europa: la naturaleza suavizó un estilo arquitectónico carente de piedad. Deambular parece una actividad sin peligro. Admito que es una impresión patéticamente poco científica, pero se mide por comparación con la que suscitan algunas barriadas de otras ciudades del continente a las que ningún nativo me acompañaba, o, si lo hacía, no se atrevía a salir del coche. Aunque las mías no son más que impresiones académicas, porque la tasa de delincuencia sí que preocupa a los vecinos. Hay problemas de trapicheo de drogas y de violencia de bandas, y, por lo visto, la mitad de los habitantes ha sido víctima o testigo de algún crimen. Además, sigue preocupando la solidez estructural de los edificios.

La historia nos resulta familiar. Las viviendas sociales de Europa y de Norteamérica se han enfrentado a los mismos problemas y han tenido en contra a la opinión pública de un modo parecido. Aunque rara vez se tratase de defectos propiamente arquitectónicos (suelen deberse más bien a un mal mantenimien-

to, a una administración pobre o al deterioro que trae consigo la pobreza), se culpaba a los arquitectos. Se les atribuía de forma generalizada una serie de pecados: tratar a las personas como si fueran hormigas, afean las ciudades, sustituir la variedad por la uniformidad, y repetirse, repetirse y repetirse. Hablando de “fracaso”, los gobiernos utilizaban estos pecados como excusa para dejar de construir viviendas sociales, confiando en que fuera el sector privado el que cubriera ese hueco y permitiendo que sus políticas neoliberales hicieran de las ciudades lugares con una desigualdad mayor. En Londres, mientras escribo estas líneas, algunas zonas de viviendas sociales que se cuentan entre los símbolos más visibles de un estado del bienestar que se mantenía vigente desde la década de 1930, están siendo demolidas para dejar sitio a “urbanizaciones de lujo” construidas por contratistas privados. Tal y como ocurre en Latinoamérica, los pobres serán empujados hacia la periferia, incluso completamente fuera de la ciudad en algunos casos.

¿Por qué, entonces, Latinoamérica es especial? ¿Y qué podemos aprender de ella? Como veremos, los países de América Central y del Sur acogieron algunos de los más importantes experimentos de vida urbana del siglo xx. Latinoamérica, no lo olvidemos, experimentó la urbanización masiva mucho antes que China y que África, de donde hoy nos llegan unas estadísticas de crecimiento de población urbana que dan hasta pánico. En las décadas de 1950 y 1960 había datos equivalentes relativos a Brasil, México, Venezuela y Argentina. Decir que más de la mitad de la población mundial vive en ciudades se ha convertido en un cliché, pero muchos países de Latinoamérica mantienen hace décadas un porcentaje de urbanización del ochenta por ciento. Los arquitectos latinoamericanos recogieron el guante de los europeos del movimiento moderno para intentar gestionar la

escala de la inmigración urbana. Si las viviendas estandarizadas e industrializadas eran el futuro, entonces había que adaptarlo a la escala del nuevo mundo.

Dejemos a Le Corbusier a un lado por un momento. Su famosa *Unité d'Habitation* de Marsella (lo más cerca que estuvo de hacer realidad su visión de viviendas masificadas) constaba solamente de trescientos treinta y tres apartamentos. Piense el lector en cambio en algunos de los mayores proyectos de viviendas sociales de Europa y América. Viene a la cabeza el malhadado proyecto Pruitt-Igoe de St. Louis, Misuri. Diseñado por Minoru Yamasaki en 1952, constaba de 2.870 apartamentos. Ni siquiera Le Mirail, una nueva ciudad modernista completa próxima a Toulouse, en Francia, diseñada por Candilis Josic Woods en 1961, creó más que cinco mil seiscientos hogares. Comparémosla con el extraordinario complejo de viviendas 23 de Enero de Carlos Raúl Villanueva, en Caracas, que en 1957 contenía más de nueve mil apartamentos. O con el propio Tlatelolco, con sus quince mil. A propósito de Tlatelolco, la revista británica *Architectural Review* escribió: “Incluso años después de estar inmunizados ante las formas de Niemeyer, los europeos del norte todavía pueden sentirse impresionados por la osadía latinoamericana”.

Con toda su osadía, fue en Latinoamérica donde murió la utopía del movimiento moderno. 23 de Enero resulta hoy un paradigma de los problemas que aquejan a esta ambiciosa y terca concepción de viviendas para las masas. Infestada de delincuencia y superpoblada, la barriada se rige por su propia ley, y la policía procura no adentrarse en ella si puede evitarlo. Entre esos superbloques ha crecido una moqueta de pobreza, un organismo que ahora parece atar a los edificios entre sí en una especie de relación simbiótica. Se trata del tipo de formas híbridas que se

están desarrollando en las ciudades de Latinoamérica, donde la visión racionalista de mediados del siglo xx está dando paso a la lógica ineludible de la ciudad informal.

A principios de la década de 1970, los proyectos residenciales modernistas por lo general estaban desacreditados en Europa y América. Es bien sabido que el historiador de la arquitectura Charles Jencks situó en la demolición de Pruitt-Igoe en 1972 el final del movimiento moderno. Pero en Latinoamérica no fue del todo así, pues hasta el final de la década se siguieron construyendo ambiciosos proyectos de viviendas sociales, a menudo por dictaduras militares que los utilizaban para recompensar a las bases que los apoyaban. De hecho, yo diría que fue un acontecimiento distinto, anterior, el que marcó el final de la vivienda social como ideal, y con él el fin del reinado del arquitecto como la fuerza más poderosa en la construcción de las ciudades.

En 1968 el presidente de Perú, Fernando Belaúnde Terry, inició, con el apoyo de la ONU, un proyecto cuyo objetivo era resolver el problema creciente de las barriadas de Lima. El PREVI (Proyecto Experimental de Vivienda) era una propuesta diferente, que optaba no por la artillería pesada del megabloque, sino por un plan más inteligente de casas individuales que los propios habitantes podían ampliar a medida que sus familias crecían. Esto es algo que, naturalmente, no se puede hacer con el apartamento de una torre de pisos. La idea había surgido de la investigación de un arquitecto inglés, John Turner, que había estudiado las barriadas y estaba presentando un argumentario convincente para no verlas como barrios pobres que había que erradicar, sino como soluciones creativas y eficientes para las necesidades de los pobres. ¿Por qué trasladarlos a bloques nuevos en los bordes de las ciudades, lejos de sus trabajos y pagando rentas que no se podían permitir? Turner proponía, lo que despertó mucha polémica, que en

realidad era una ventaja que los pobres construyeran sus propias casas. Los promotores del plan PREVI le dieron la razón solo en parte, ya que la solución que ofrecían era híbrida. El gobierno proporcionaría un marco de buena arquitectura, diseñada de manera específica para que pudiesen ampliarla los residentes: una combinación del movimiento moderno con el chabolismo.

Lo que resultó notable del PREVI fue la talla de las figuras implicadas, un *dream team* de la vanguardia arquitectónica mundial. Entre ellos estaban el inglés James Stirling, el holandés Aldo van Eyck, los metabolistas japoneses, Charles Correa de la India y Christopher Alexander de Estados Unidos, entre muchos otros. Por razones que veremos más adelante, el proyecto solo se desarrolló parcialmente, y luego fue descartado. Olvidado por la mayoría hasta hace muy poco, el PREVI sigue siendo uno de los grandes “casi momentos” de la arquitectura del siglo XX. Constituyó, de hecho, un intento de salvar la arquitectura, de resucitarla como fuerza para el cambio social. Pero fue la última vez en que a los mejores arquitectos de una generación se les invitó a ocuparse de la cuestión de las viviendas sociales.

A partir de entonces, fueron otras las prioridades de las ciudades de Latinoamérica. Se había hecho palpable que, sencillamente, no era posible construir edificios de viviendas lo bastante rápido como para contrarrestar la envergadura del problema; ni lo bastante baratos como para evitar la bancarrota de los países. Turner había defendido que, de hecho, a los pobres les salía literalmente más a cuenta cuidar de sus propios intereses y construir sus propios asentamientos informales. “Ningún gobierno, por rico que sea, como demuestra el proyecto venezolano de superbloques, es capaz de financiar más que una pequeña proporción de la demanda total de vivienda”, había escrito en 1963. Según esta *realpolitik*, las chabolas no eran el problema, sino la solución. Tal

vez no resulte sorprendente que esta fuera la misma conclusión a la que terminarían llegando los propios gobiernos, que eran cada vez menos capaces (o tenían menor voluntad) de adscribir a la vivienda los mismos recursos que le habían otorgado hasta entonces. Pero esto no indica que los políticos latinoamericanos estuvieran leyendo a Turner, ni siquiera que conociesen su existencia. El cambio de estado de ánimo colectivo, alejándose de la responsabilidad paternalista, estaba teniendo lugar a un nivel mucho más alto. Siguiendo las políticas neoliberales defendidas por el Fondo Monetario Internacional, muchos gobiernos dejaron el problema de la vivienda en manos del libre mercado. Fue el mismo error que cometió Margaret Thatcher en Gran Bretaña, solo que con consecuencias incalculablemente más serias, porque el déficit de viviendas en Latinoamérica no se contaba en miles sino en millones.

La actitud del *laissez-faire* respecto de las ciudades ganó ímpetu en la década de 1960. La postura de Turner puede interpretarse en el contexto de la defensa por parte de Jane Jacobs de las bulliciosas calles de Greenwich Village, de los miembros de Team 10 estudiando los pueblos dogón en Malí, y de los situacionistas burlándose de Le Corbusier y de sus “morgues” en forma de torres de pisos. Esta actitud fue ejemplificada por la exposición de 1964, “Arquitectura sin arquitectos”, organizada por Bernard Rudofsky en el MOMA de Nueva York. Celebrando la belleza atemporal de los edificios indígenas, ofrecía pruebas, en caso de que fueran necesarias, de que llevábamos miles de años arreglándonoslas perfectamente sin arquitectos. ¿Y qué eran las favelas y las barriadas sino productos del mismo trabajo artesanal intuitivo?

En la década de 1970, las favelas de Río de Janeiro y de São Paulo, los barrios de Caracas, las villas miseria de Buenos Aires y las barriadas de Lima empezaron a adquirir dimensiones mucho ma-

yores. Abandonando la idea de la vivienda como un derecho, los gobiernos de toda Latinoamérica optaron por intentar contener el crecimiento de los asentamientos informales. Un enfoque consistió en proporcionar lo que se conocía como “sitios y servicios”, en que se planificaban parcelas sobre el suelo, a las que se dotaba de infraestructuras básicas, pero la gente se construía sus propias casas. Dejando la vivienda en manos de la economía de libre mercado, optaron cada vez más por soluciones no arquitectónicas para sacar a la gente de la pobreza, como los programas de bienestar social. Había terminado la época en la que los arquitectos como Pani o Villanueva podían erigir ciudades modernistas dentro las ciudades, con el apoyo total de un estado paternalista. Sus puestos los ocupaban ahora los economistas y los políticos.

La historia de la vivienda social modernista en Latinoamérica se presenta a menudo como la de un fracaso heroico: audaces arquitectos al servicio de bienintencionados estados del bienestar. En verdad, las políticas dejaban bastante que desear muchas veces. Las constructoras más ávidas de viviendas sociales fueron las dictaduras militares que atenazaron Venezuela, Argentina, Chile y Brasil durante largos periodos entre la década de 1950 y la de 1980. Cuando las barriadas sociales no eran sino herramientas para impulsar la economía, se utilizaban para reubicar a ocupantes ilegales, retirándolos del centro y trasladándolos a la periferia, lo que producía ciudades polarizadas. Pero podemos decir que se embarcaron en proyectos de viviendas sociales con convicción. Lo que sucedió después, sin embargo, osciló entre la renuncia a la responsabilidad y el control de la crisis. Sería imposible generalizar aquí sobre las políticas urbanas de todo el continente, porque había tantos enfoques como situaciones políticas y condiciones regionales. Con los distintos capítulos de este libro se irá componiendo una imagen más detallada y matizada.